

quisiera consolar del nuevo dolor que le causa la memoria de sus ingratitudes; como si quisiera hacerle sentir que el yugo que le va á imponer es mas dulce que el que le obliga á dejar en el mundo y en sus usos tiránicos; como si quisiera encadenarle á su servicio con lazos mas dulces, para que sean indisolubles; como si quisiera manifestar el gozo que tiene de haberle recobrado; en fin, como si tuviera recelo de volverle á perder, parece que se apresura á derramar sobre él á manos llenas sus riquezas, y hacerle gustar cuantas dulzuras reserva en los tesoros de su piedad.

Por eso vierte en su corazon una satisfaccion inexplicable, un consuelo delicioso, un calor divino, una dulce confianza, que ya es parte de su inefable felicidad. ¡Ay, señor! no es posible dar nombre á esta efusion de la gracia en una alma penitente; porque no hay palabras que correspondan á la excelencia de lo que es divino: una comunicacion tan íntima de su luz soberana no se puede expresar sino con el silencio, la inmovilidad y la profunda contemplacion del corazon feliz, que la siente y se satisface.

No es la mayor injuria que se puede hacer á Jesucristo desconocerle, ultrajarle y ofenderle; la mayor seria desconfiar de su bondad, imaginar que puede haber delitos mayores que su misericordia, creer que haya culpas que su bondad no

quiera perdonar, ó manchas que no alcance á lavar su divina sangre.

Baja idea forma de Dios, y conoce mal su religion el que llega á temer que la enormidad ó la multitud de las culpas pueda detener un instante los impulsos de la misericordia. No es la gravedad de los pecados la que Dios considera, sino la viveza del arrepentimiento y la sinceridad de la resolucion; y desde que advierte estos dos movimientos del alma, la sangre del Cordero todo lo lava, y la bondad divina todo lo olvida. El que era objeto de cólera pasa á serlo de amor, y el enemigo se transforma en hijo.

¡Ay, señor! un pecador verdaderamente convertido es un magnífico espectáculo para el cielo. Saulo era el mayor enemigo de Dios y de su Cristo; pero apenas movido por la gracia abre los ojos, y conoce su yerro, Dios se complace en llenarle de todas sus riquezas. De vaso de ira le eleva á vaso de eleccion, le transforma en apóstol de las gentes, y el que era perseguidor de la religion, es el instrumento que la propaga con mas fruto.

Pero dejemos ejemplos que estan léjos de nosotros, y que se pudieran multiplicar sin fin. ¡Cuántos vemos entre nosotros mismos, que habiendo bebido el tósigo de la incredulidad, y despues de haber sido largo tiempo escandalosos y profanos, son hoy cristianos sometidos? ¡Cuán-

tos hoy dan gloria á Dios y á Jesucristo, que fueron muchos años sus enemigos mas encarnizados? Parece que Dios quiere sacar una nueva gloria, mostrando el poder que ha tenido en doblegar los corazones mas inflexibles y tenaces.

Nada es tan claro ni tan repetido en los divinos libros como este amor, este deseo, esta tierna solitud con que Dios anhela la conversion de los pecadores. Aborrece el pecado, porque la ingratitude y la malicia son incompatibles con su pureza y santidad; pero busca por sí mismo al peccador; y mientras le deja la vida, que es el tiempo de la misericordia, no solo está con los brazos abiertos para perdonarle, sino que le excita sin cesar con movimientos interiores para que implore su perdon. El pecado le ha arrojado de aquel corazon; pero el Señor no se aleja, á la puerta se queda, allí le toca con latidos secretos, con inspiraciones amorosas.

El Salvador nos ha repetido esta verdad en los discursos de su mision divina. ¡Qué imágen la del hijo pródigo y disoluto! Agobiado con el peso de su miseria, devorado por su vergüenza y sus remordimientos, vuela á los piés de un padre, que olvida en un momento todos los horrores del mas depravado de los hijos; sin tardar un instante, cede al imperioso ascendiente de la naturaleza y de la sangre; como si nunca le hubiera ofendido, se arroja con ardor sobre esta amada y tan-

to tiempo perdida parte de sí mismo; inunda con las dulces lágrimas de su alegría paternal aquellas mejillas ya marchitas con los trabajos y miserias; le estrecha con sus brazos, y le aprieta contra su corazon. ¡Qué espectáculo tan tierno! Una alma sensible no puede resistir á situacion tan dulce. Y cuando el Hijo de Dios para alentar nuestra confianza nos pinta la misericordia divina con colores de tanta fuerza y energía; cuando emplea medios tan delicados y victoriosos, ¿cómo es posible no distinguir en ellos los sentimientos del mas tierno de los padres y los afectos del mejor de los amigos?

El Evangelio está lleno de rasgos de igual fuerza; y Jesucristo no se ha contentado con decirlo, sino que tambien lo ha probado con su propia conducta. En el curso de su augusto y laborioso ministerio, nada ha encarecido tanto como el precio y la excelencia que contrae á los ojos de Dios el alma que dolorida de sus yerros implora su clemencia. Y si no, observad sus acciones.

Mientras rodeado de sus discípulos discurría por las aldeas y lugares de la Judea y Galilea, veía y escuchaba sin emocion alguna lo que podia interesar la curiosidad de los demas. Los objetos mas extraños, las revoluciones mas nuevas, las grandes empresas de los dueños del mundo, la magnificencia de los edificios, la antigüedad de los monumentos, todo le era indiferente: nada le

detenia ni fijaba, nada le sacaba un instante del profundo y magestuoso recogimiento con que meditaba de continuo establecer el reino de Dios y la salvacion de las almas sobre la ruina de los errores y de las pasiones de la tierra.

Pero cuando sus ojos reposaban sobre algun objeto que pertenecia á este grande y magnífico designio; cuando este Pastor soberano encontraba una oveja descaminada; cuando su espíritu empezaba á excitar en ella las primeras turbaciones que preparaban su retorno; cuando veia que iba á sacar un escogido del seno de la corrupcion; cuando mira, por ejemplo, á una pecadora famosa por sus escándalos, que ya aterrada de sus muchos excesos se apresura á buscarle, se arroja á sus piés, los oprime religiosamente con sus labios, los lava con sus lágrimas, y los enjuga con sus cabellos, entónces sí que se le ve enternecido y lleno de interes: se diria que inflamado con el ardor de su gozo siente y nos quiere hacer sentir toda la importancia de aquel caso.

Basta observar lo que dice y hace en aquella circunstancia para percibir su satisfaccion. Parece que tiene delante de los ojos el objeto mas grato que le pueda presentar el universo. No es mas que una pecadora, pero arrepentida; y esto ha bastado para que le ganase el corazon: reparad con qué interes y gozo la expone á la admiracion de los asistentes; observad como la postu-

ra de su humillacion, su llanto y los dignos frutos de su penitencia le parecen sublimes y gloriosos. ¡Cómo se manifiesta complacido en esta muger que está á sus piés, uno de los primeros y mas brillantes frutos de su mision divina!

Ved esa muger, dice á los circunstantes, y con estas palabras despierta su atencion, como si quisiera dar á este acto, que pasa en la obscuridad de una casa, la publicidad que merece un grande y memorable suceso; y como si quisiera dar valor y dignidad á cuantas circunstancias le acompañan, las hace reparar todas para darnos á entender que todo es precioso en las obras que inspira la gracia, que nada puede agradarle tanto como la conversion de un corazon, que no olvida nada de lo que se hace por su amor; pues su tierna fidelidad nos cuenta con exactitud hasta los mas pequeños sacrificios.

Es imposible, Teodoro, que yo te repita todo lo que el padre me dijo en este asunto; porque despues me habló del buen Ladron; me citó lo que dice el Evangelio de la alegría que hay en el cielo por la conversion de un pecador, mas viva todavía que la que produce la perseverancia de cien justos; en fin, me dijo tantas cosas, que no era posible retenerlas todas. Por otra parte te confieso que yo no las abria enteramente mi alma para recibir su impresion; así era indispensable que perdiesen conmigo una gran parte de su efec-

to. Mi corazón todavía mal dispuesto no se presentaba con sinceridad á sus discursos, y lejos de desear la convicción, no los escuchaba sino para encontrar motivos de disuadirme y razones para rechazarlos.

Pero á pesar de toda mi repugnancia, este santo y constante varón no se cansaba, y por espacio de tres días me habló siempre de la misericordia divina y de la inmensa caridad de Jesucristo para los pecadores, con tal tono de persuasión y de confianza, con afectos tan fervorosos y sensibles, que á veces me sorprendía el corazón y le encontraba casi persuadido. Era en efecto un río de elocuencia su aire, su gesto, la viveza de sus ojos, la rapidez y magestad de sus palabras, el tono de unción y santidad con que revestía sus discursos; todo en fin, lo que veía en él, se me figuraba mas que humano, y como si poco á poco me introdujera sus ideas, cada momento le daba una victoria sobre mi alma.

Habia instantes en que lograba arrebatarme de manera, que casi no respiraba por oírle. Me dejaba como absorto, como enagenado, como si el espíritu de este hombre asombroso comunicase con el mio, y le encendiese con el mismo fuego. Me parecía que sacaba su fuerza y su doctrina del seno mismo de la verdad; se me figuraba que hablaba de Dios como quien conocía su gloria y había visto ya los esplendores de su luz;

sobre todo escuchaba con interes y con gusto inexplicable lo que me decia de la dulzura y la facilidad con que Jesucristo perdona á los arrepentidos. La viveza con que me pintaba el amor, la ternura y los sacrificios de este divino Redentor, inflamaba mi corazón con afectos tan puros, tiernos y filiales, que casi no podia resistir á su impresion.

Pero habia otros instantes en que mi helada filosofia, mis antiguas opiniones, mis envejecidas costumbres, la imposibilidad de creer cosas tan extrañas, y sobre todo la dificultad de emprender una vida tan áspera y desabrida como la que impone el Evangelio, se volvian á apoderar de mi corazón, y ganaban el ascendiente primitivo. Entónces se enfriaba mi entusiasmo, llamaba tambien á mi socorro la memoria de nuestros filósofos ilustres, y estas ideas bastaban á destruir todo el encanto de aquella ilusion.

En uno de estos momentos infelices le dije: Padre, ¿cómo si Jesucristo es tan bueno, ha podido dar una ley tan severa, tan rigurosa, preceptos tan contrarios á la naturaleza, tan repugnantes al corazón, tan enemigos de los sentidos, y que en fin es casi imposible practicar? El cristiano no vive mas que de sacrificios y privaciones. ¿Qué importa á Jesucristo tanta y tan cruda penitencia? ¿Y por qué ha querido hacernos comprar la felicidad de la otra vida con las pe-

nas y miserias de esta? ¿No sería mas digno de su grandeza, siendo Dios, darnos la felicidad en todo tiempo y sin tanta costa?

Ve aquí, señor, me respondió, uno de los mayores obstáculos de la fe. No es por lo ordinario la razon la que se la resiste, es la flaqueza del corazon la que no tiene bastante valor para reformar sus costumbres. Los incrédulos se figuran que es un terrible y difícil empeño alistarse en las banderas de la religion. La idea de vivir como cristianos les contrista, y la observancia de las leyes religiosas se les presenta como una imágen lúgubre y austera que los horroriza; la vida de las personas devotas les parece tan grave, tan triste y desabrida, que piensan que no hay en ella un instante de gozo ó de consuelo, y que es menester un esfuerzo incesante y laborioso para sujetarse á la severidad de los sacrificios que impone el Evangelio.

¿Pero qué error, qué engaño, y qué desgracia que esto sea tan comun! pues es lo que mas generalmente detiene á los hombres en las sendas del vicio. Ninguno hay que sea tan injurioso á la dulzura de la fe y á la excelencia de los dones que el ejercicio de la religion comunica al hombre justo. Y aunque pudiera decirnos muchas cosas para probaros su falsedad, no os haré ahora mas que una reflexion, porque es mas personal á los incrédulos, y á los que se abandonan á una vida de disolucion.

Vos no me negaréis, señor, que este género de vida conduce insensiblemente á la pérdida de la salud y de las fuerzas; que se ven muchos jóvenes que en el tiempo en que el temperamento se forma y fortifica, ya llevan en sus mejillas marchitas las arrugas de la vejez, y estan mas cerca del sepulcro que los que han visto correr la mitad de un siglo; porque las pasiones que no se moderan, precipitan con celeridad en la tumba.

Pero cuando la fuerza de la constitucion resiste por algun tiempo á la fuerza de su impulso, es cierto que no tardará el dia en que sea menester apelar al socorro del arte. ¿Qué hacen entonces? Llamar al médico. ¿Y qué puede hacer este? Lo ménos que hará es imponeros el mismo régimen que os impone el Evangelio, y acaso será mas severo que Jesucristo. Es seguro que ordenará las mismas privaciones y sacrificios que ahora se hallan tan impracticables cuando la religion los ordena: declarará que no queda recurso ni esperanza si el enfermo no corta al instante todas las causas que han alterado su temperamento, si no se sujeta á la mas rigurosa continencia, y á la sobriedad y parsimonia mas exacta en el uso de todo.

Quizá exigirá mas, y hasta el sacrificio de los pensamientos; porque podrá decir que el efecto de los remedios depende de la libertad del alma, de la tranquilidad del corazon, y que es menes-

ter sacudir de sí toda idea, deseo ó memoria de cuantas imágenes puedan irritar y agitar los sentidos. Así una sola indisposicion hará que de repente el mismo que ayer nadaba en un mar de delicias, se halle hoy postrado en un lecho de dolor, y se vea víctima de sus pasiones y de sus suplicios. Súbitamente se encontrará tan crucificado al mundo como los mas antiguos y santos discípulos de Jesucristo.

¿Y por qué tanto valor y resolucion? Porque lo manda un hombre, que no tiene mas autoridad que la que le da el miedo de la muerte. ¿Y cuando Dios nos habla, y que debemos temer la muerte eterna, sus remedios nos parecen insoportables, y no tenemos valor para emprenderlos? El amor de la salud nos obliga á pasar por todo, nada nos acobarda ni detiene; y el deseo de una salud sin término no puede animarnos á los mas ligeros esfuerzos? ¿Cuántos enfermos hay en el mundo que sin reflexionarlo llevan ya sobre sí todo el peso de los preceptos de la fe, que sufren por fuerza las privaciones de la ley, que ya hacen lo que parece mas difícil en el camino del cielo, y á quienes no falta otra cosa que juntar con el sacrificio necesario el voluntario, santificar con su corazón los sufrimientos de la naturaleza, y añadir á las ventajas del recobro y de una vida tranquila todas las esperanzas y riquezas de la religion?

El médico, señor, no prescribe los medicamentos sino para restablecer el cuerpo, y el Evangelio prescribe los mismos para restablecer el alma. Si aquel pretende reparar los estragos que han causado el tiempo y las pasiones, este no solo pretende repararlos, sino impedirlos reprimiendo su violencia. Así el Evangelio no solo es la medicina de las almas, sino la perfeccion del arte, que cura y repara nuestros cuerpos, como lo es de las ciencias que ilustran nuestro espíritu, y de las virtudes que forman el buen corazón.

No hay casi enfermedad que no tenga su raiz en alguno de los desórdenes que el cristianismo prohíbe; y se pudiera demostrar con la mayor evidencia que si todos los hombres vivieran arreglados á la ley del Evangelio, se desterrarían de la tierra la mayor parte de los males y accidentes que nos conducen tan presto y tan temprano á la muerte. Se demostraria, que por fin se habia encontrado la verdadera medicina; que todos viviríamos sanos y dichosos; que la muerte regularmente no seria mas que la última madurez de una sana y amable ancianidad, y que en fin, si guadaña no podria destruirnos con violencia, sino con el paso lento y progresivo de la naturaleza y del tiempo.

Preguntad, señor, á los que convertidos á Jesucristo han pasado algunos tiempos en los ejercicios de la virtud cristiana, y todos os dirán que

han encontrado el verdadero régimen que les sostiene una salud constante; todos os asegurarán que su regeneracion á la vida futura los ha hecho renacer tambien á la vida presente. Si se ve el ejemplo de algunos que sobreviven poco á su mudanza, es porque la demasiada intemperancia de su antigua vida habia enflaquecido las fuerzas de su temperamento, y la muerte estaba ya anidada en medio de sus órganos apurados. Pero observad que entre los que viven en el tumulto del mundo y en la agitacion de los placeres, no se ven tantos ancianos ni tan robustos como en los claustros austeros, en que se hace una vida religiosa.

Es muy raro ver morir la juventud ni la robustez en esos oscuros retirós, en que tantos amantes de la cruz y de la penitencia se santifican continuamente con el silencio, el ayuno y el trabajo. La muerte allí sólo se atreve á acometer á aquellas cabezas venerables en quienes el tiempo ha consumido hasta las canas, y cuya calva agobiada se arrastra con pasos muy pausados á su tumba: los accidentes agudos y violentos son tan insólitos como las muertes súbitas ó anticipadas. Todos van á la eternidad, pero todos se siguen unos á otros con poca diferencia segun las graduaciones de su edad. El mal con que mueren de ordinario no tiene carácter distinguido, ni se le puede dar nombre; mueren por-

que son hombres, y porque es preciso morir: se acaban, se extinguen, y la mayor parte exhala el último suspiro, pidiendo á sus hermanos perdon de las faltas que no tienen.

No se muere así en el mundo: no mueren así los que vivian en la inquietud y desórden de las pasiones. Lo que en el retiro de una vida cristiana seria una indisposicion sin consecuencia, es para el que hace una vida tumultuosa, un sintoma muy serio y peligroso. La fiebre mas ligera basta para abrasar y consumir un cuerpo en que todo fermenta: así causa terror ver la rapidéz con que la muerte arrebatá su víctima. Ayer apenas estaba indispuesto, y hoy una llama devora sus entrañas; no es sangre sino fuego lo que circula por sus venas; lo peor es que al instante la razon se turba, el conocimiento se pierde, la imaginacion delira, y ni siquiera deja á los que le lloran el consuelo de saber que murió sabiendo que moria.

Ved pues, señor, como la vida del Evangelio no es tan áspera como os parece. Ved que Jesucristo, para daros la vida eterna, no os obliga aun á tanto rigor como es el que prescribe un médico para restablecer la salud temporal. Es bien injusto quejarse de que para tanto bien se nos prohiban placeres vergonzosos y delincuentes, cuando el temor de la muerte basta para hacernos abstener hasta de los inocentes y moderados.

Y es menester estar ciego para no conocer que el Evangelio, al mismo tiempo que es la ley que debemos obedecer, es tambien la regla de nuestro bien y el remedio de todos nuestros males. S. Pablo decia (1) que la religion es buena para todo, porque si nos facilita la felicidad futura, tambien nos procura la presente. La lástima es que los que no conocen por experiencia la vida evangélica, no sienten la verdad de este discurso, y solo la sienten los que la experimentan, y no necesitan de que se les diga.

—Cuando eso fuera cierto, cuando fuera verdad que las austeridades que Jesucristo nos impone no contradicen á su bondad porque no son útiles y sirven á refrenar nuestras pasiones, ¿cómo podréis sostener que es bueno aquel que vino á espantar al mundo con el dogma terrible de un infierno? ¡Cielo santo! ¿qué doctrina tan abominable y espantosa! ¿qué bondad la de castigar á pobres criaturas que nacieron débiles y cercadas de pasiones fuertes con tormentos irrevocables y eternos que nunca acaban! No solo no cabe en la bondad, pero ni en la justicia del mas rígido, condenar á penas infinitas á un hombre cuya naturaleza es flaca y deleznable, por errores de un momento, por infracciones de un instante.

¿Cómo, si Jesucristo es Dios, ha podido ense-

(1) 1. Timot. iv. 8.

ñar un dogma tan duro? ¿Cómo, si es bueno, ha podido amenazar con una pena tan injusta? ¿Y en dónde cabe que aquel á quien se supone por atributo la suprema bondad, pueda jactarse y repetir que reserva y destina los mayores tormentos al infeliz, que él mismo abandona al furor de sus pasiones? Hay en esta monstruosa doctrina tanto horror, tanta iniquidad, tanta injuria á Dios, y tanto motivo de desprecio para los nombres, que yo no comprendo, cómo ha sido posible inventarla ni creerla; en cuanto á mí, yo la miro como el sistema mas odioso, mas funesto y mas contrario al reposo del alma. Si yo fuera capaz de ser cristiano, esta idea sola me haria la vida insostenible; pero á buena cuenta yo no soy tan débil: el Dios que yo puedo adorar no es un tirano, y jamas he creído ni jamas creeré una doctrina tan ridícula, como injuriosa á la bondad divina.—

¡Ay, señor! ¡y cómo os engañeis! Vos no quisiérais creer en el infierno, y puede ser que á vuestro pesar le creais mas de lo que quisiérais. Para quitarse de la vista tan espantosa perspectiva, no basta desearlo, ni basta adoptar las costumbres y el estilo de los que apostatan de la fe. Nada manifiesta tanto que esta creencia reside en un corazón con todos sus terrores, como el interés y el empeño con que se pretende destruirla; y yo diviso vuestra persuasion, ó á lo ménos vuestra duda, que quizá es mas turbulenta, en el mismo



conato con que os esforzais á seduciros. Es claro que os inquieta, pues teneis tan vivo deseo de arrancarla de vuestro pensamiento.

Lo mismo sucede á los incrédulos mas decididos. Observadlos, y veréis que jamas pueden sacudir de sí esta antigua y general creencia; y aun veréis que á pesar del atrevimiento con que se explican, el fondo de su conciencia está siempre trémulo y espantado. Contadles la muerte súbita de algun incrédulo impenitente, y los veréis turbarse y ponerse pálidos; os harán mil preguntas sobre todas las circunstancias del suceso; se informarán de la enfermedad, de la edad, del temperamento del difunto, y todo es para tranquilizarse, y ver si por alguna diferencia pueden encontrar motivo de esperar que no les sucederá lo mismo: todo es para librarse del terror que el suceso les inspira, con la esperanza de que no serán tan repentinamente sorprendidos, y que hallarán un instante para tomar partido mas prudente.

Así, señor, es menester distinguir bien estas disposiciones íntimas del corazon, y no llamar incredulidad á lo que no es mas que deseo de ella y un odio furioso á todo lo que refrena las pasiones. Este dogma no es terrible mas que para los incrédulos y malvados, porque no habla mas que con ellos, y la religion para ellos lo reserva. En el sistema práctico de la fe, ó en el ejercicio conti-